

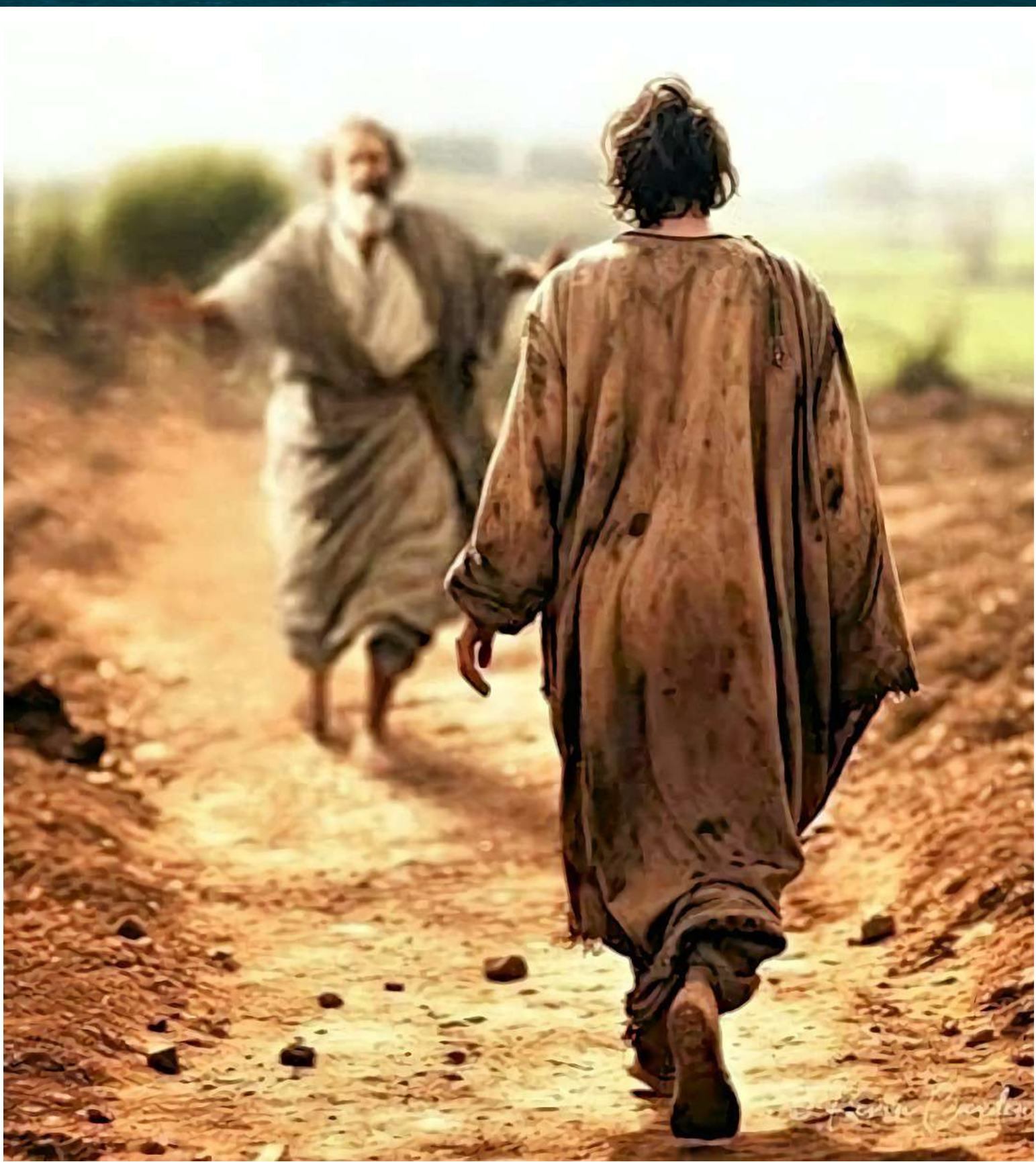


***EL PERDÓN
NOS RECUPERA
Y NOS DEVUELVE
A LA VIDA.***



Lucas 15,1-3.11-32

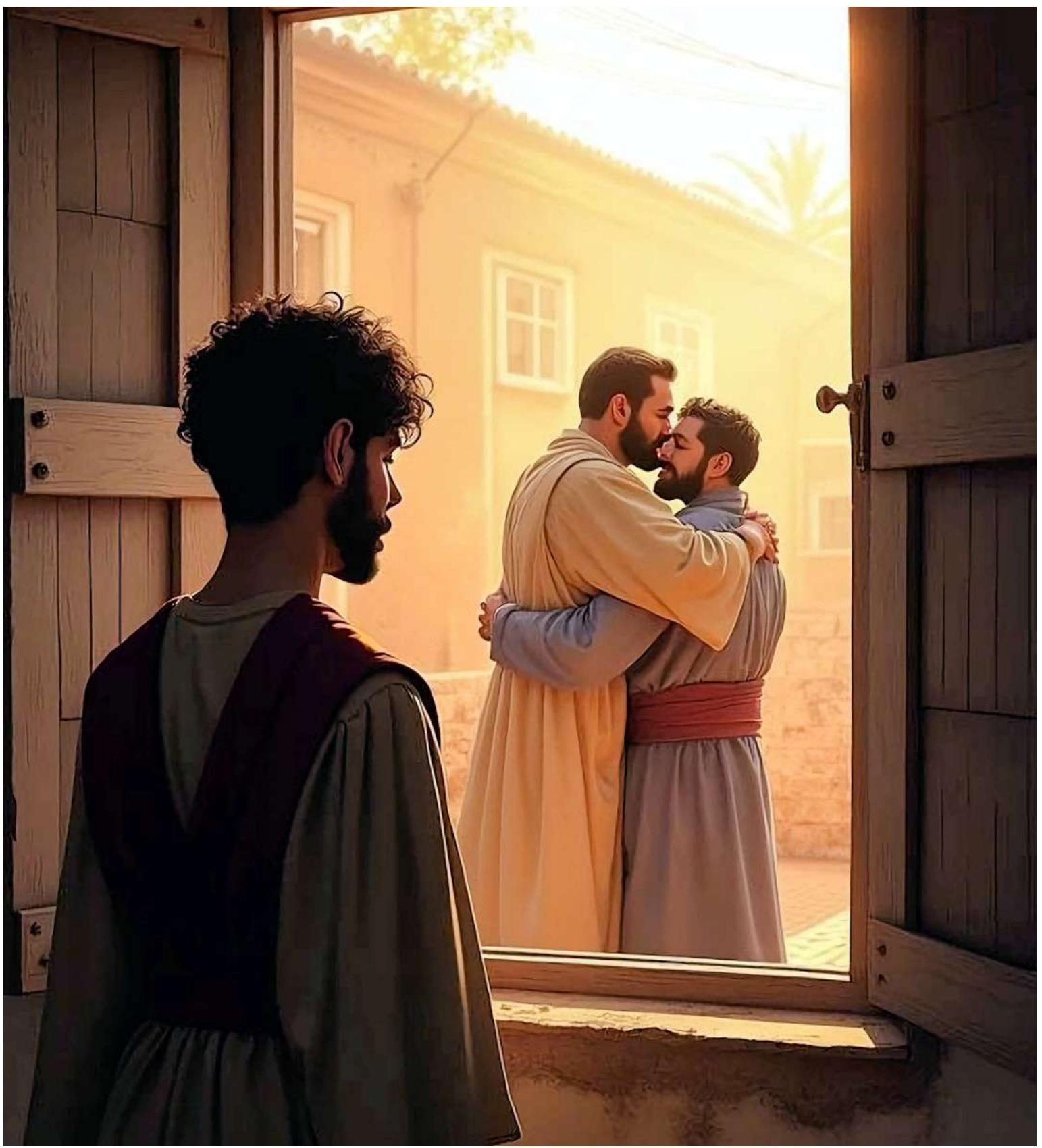
**“Padre, he pecado
contra el cielo
y contra ti;
ya no merezco
llamarme
hijo tuyo.”**



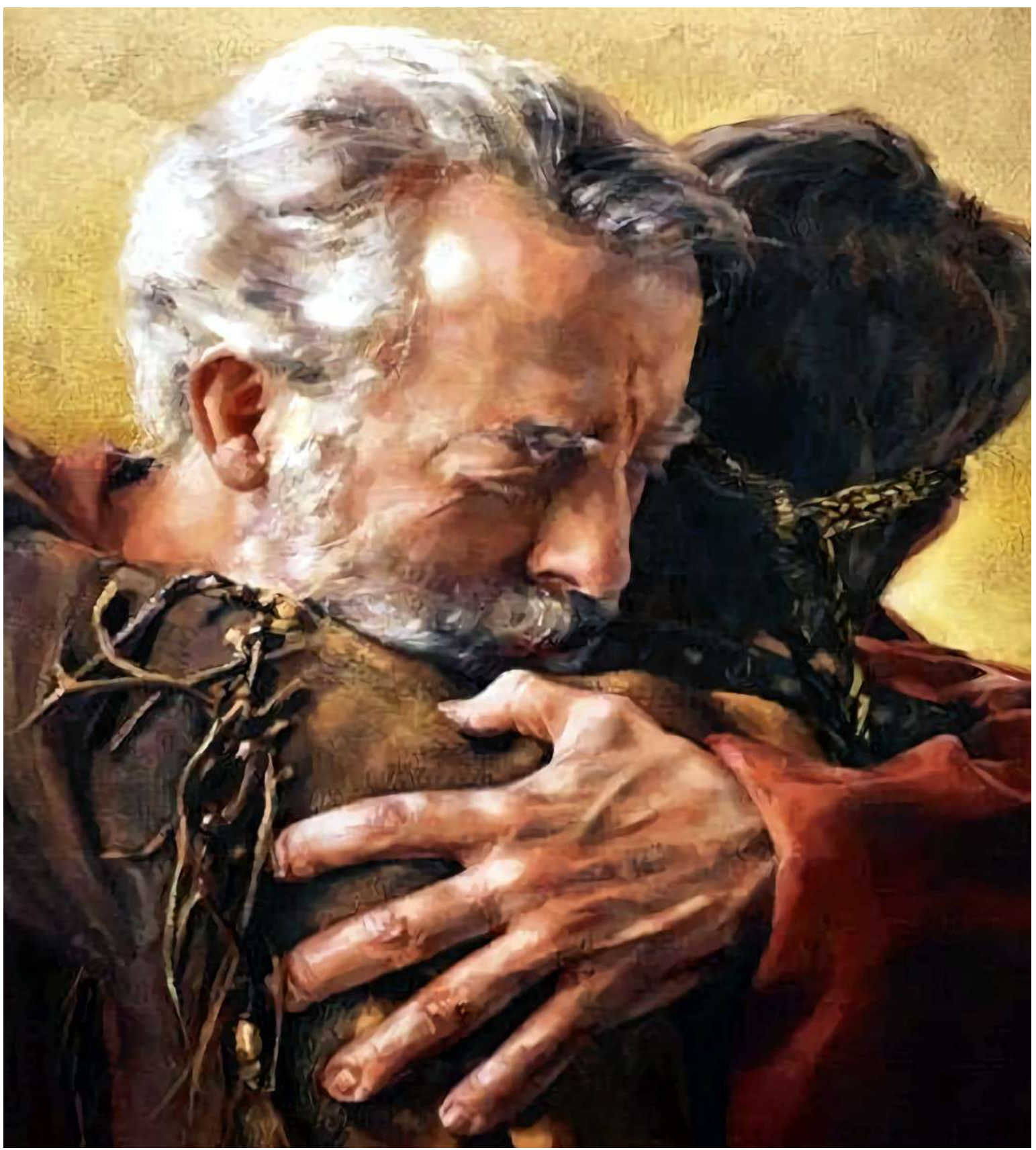
Esta expresión es insoportable para el corazón del padre del hijo pródigo. Él no es un padre ofendido y resentido, un padre del «me la pagarás». El padre, que lo espera con amor y desea verle ante él sano y salvo, al verlo, disimula inmediatamente la falta de éste, sus entrañas de padre se conmueven para engendrar de nuevo a su hijo por el perdón; Él, que desea el retorno del hijo y no su perdición, transforma al instante la sentencia en perdón.



El hijo sabe que se ha equivocado y lo reconoce. Sus palabras se disuelven ante el perdón y la misericordia desbordante e incondicional del padre, que se manifiesta incluso antes de que el hijo hable. El abrazo y el beso de su padre le hacen comprender que, a pesar de todo, siempre ha sido considerado hijo. El padre no publica el pecado de su hijo, no lo abochorna, cura sus heridas de manera que no dejan ninguna cicatriz, ninguna deshonra.



El hijo mayor también necesita descubrir la misericordia del padre. Ha estado siempre en casa, ipero es tan distinto del padre! En sus palabras vemos desprecio y falta de ternura: no dice nunca «padre», no dice nunca «hermano», piensa sólo en sí mismo; hace alarde de haber permanecido siempre junto al padre y de haberlo servido; sin embargo, nunca ha vivido con alegría esta cercanía.



Nuestra condición de hijos de Dios es fruto del amor del corazón del Padre; no depende de nuestros méritos o de nuestras acciones, y, por lo tanto, nadie nos la puede quitar. Nunca dejaremos de ser hijos de un Dios Padre que nos ama, espera nuestro regreso y quiere abrazarnos. La alegría más grande para el padre es ver que sus hijos se reconocen hermanos. La fuerza del amor no tiene en cuenta el pecado. El mayor regalo es el perdón.

Enseña y aprende
a "vivir como Dios":



perdonando.